

En 7 años a Tulio nunca le dijeron exactamente en donde vivía, tampoco es que haya preguntado demasiado, o que tenga mucho interés. A él le alcanzaba con saber que estaba en una montaña, cerquita del cielo. Sus padres siempre le dijeron eso, como si intentaran consolarlo de algún mal, como si fuese una pena que el único entretenimiento sea mirar el cielo. Después de todo, es aburrido, ¿no? Podría hacer cosas mejores, ¿no? Tulio no lo creía así, para él, el cielo era más que una imagen, estática y salpicada por pequeñísimos puntos blancos. Su madre, que a veces se sentaba con él a mirar el cielo, le contaba todo lo que sabía sobre el cielo, que no era mucho, pero a Tulio le alcanzaba. Simplemente sonreía, se recostaba en el pasto y le prestaba atención a cada puntito que veía.

Un día, paseando su mirada por el cielo nocturno, encontró un puntito igual a los que veía todos los días, pero este era rojo. La pequeña lucecita roja que había encontrado, de alguna forma, lo motivó. Se incorporó y se sentó en el pasto, inconscientemente había fruncido el ceño. ¿Por qué ese puntito era rojo? ¿Por qué no era blanco como todas las demás? “Las estrellas son pura luz blanca” recordó decir a su madre. Ese pensamiento lo llevó a recordar unos dibujos que su madre le hacía cuando era pequeño. Ella decía que ahí vivíamos, al principio estaba confundido, sabía que su casa no era redonda como el dibujo, ni era azul. Luego lo comprendió, sentado en el pasto, se refería al lugar, era la respuesta que estuvo esperando. Él vivía en ese círculo azul que su madre dibujaba.

Volvió a recostarse en el pasto y centró su atención en su descubrimiento. Si yo vivo en un círculo azul... ¿Será ese un círculo rojo, en donde vive otra familia? –Se preguntó con total seriedad. Nunca comprendió bien el concepto de tiempo, aunque se lo hayan explicado varias veces, pero sabía que el grito de su madre significaba que era tarde. Entró a su casa y se sentó en la mesa. Seguía pensando en el pequeño punto rojo, no pensaba en otra cosa. Su madre fingía no darse cuenta.

–Comé, Tulio –Insistió la madre señalando un plato de sopa con su cuchara.

Tulio la ignoró, no intencionalmente, pero ese pequeño punto titilante y rojo no salía de su cabeza. Finalmente, preocupado, le comentó el hallazgo a su madre, que le respondió con una risa.

–Ahí afuera no hay solo puntitos– Le dijo. Y a Tulio le causó tanta impresión que diga “Ahí afuera” ¿A qué se refería?

–¿Ahí afuera? –Pregunto Tulio tragando saliva, interrumpiendo un muy interesante relato de su madre.

–Nosotros vivimos, por ejemplo, en ese pedacito de papa –Comenzó a explicar, utilizando y señalando la sopa.

–Ese pedacito de arroz, es un puntito blanco, una estrella.

-Y todo ese líquido que ves, es el vacío, el espacio.

Esa extraña analogía asustó a Tulio por un segundo, luego, todo fue asombro. ¿Era posible lo que su madre decía? ¿O solo eran historias para niños chicos? La única certeza que tenía es que esa noche no dormiría. Para Tulio los días empezaban cuando bajaba el sol.

Una tarde cuando ya había oscurecido y algunas estrellas se estaban asomando, Tulio vio a una moverse, sí, la estrella se movía. En un primer momento, no se sintió muy sorprendido. Pero ¡¿Por qué se movía?! -Quizá la estrella se había caído, o tal vez alguien la tiró -pensó Tulio, aunque no tenía sentido, eso lo había intrigado. Esas preguntas lo habían llevado a jamás dejar de ver el cielo.

Era tal la atracción que sentía Tulio hacia las estrellas que para su cumpleaños número 8 recibió el mejor regalo de todos: un telescopio. Poner el ojo en esa pequeña mirilla de ese tubo de metal era como estar en el paraíso, podía sentir que tocaba las estrellas, o que podía pasear a través del inmenso vacío del espacio. Con el telescopio podía ver la luna y sus cráteres; constelaciones de estrellas... Con su telescopio podía observar todo tipo de bellezas naturales, tanto en el exterior como en el interior, de nuestro hermoso planeta, nuestro hogar.

Tulio estaba encantado con la imagen de la Luna y si bien podía verla a simple vista, con su telescopio podía observarla detalladamente sin necesidad de viajar hasta a ella, encontrarle detalles, alcanzar a ver sus cráteres y relieves que desde aquí abajo no podía ver con facilidad.

Así pasaba Tulio sus noches, al menos hasta que su mamá lo mandaba a la cama, realmente maravillado al observar el espacio, una de las cosas favoritas de todo aquel que posee un telescopio o es amante de la astronomía.

